

ARGUEDAS: FE EN EL HOMBRE

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Hay alguna literatura carcelaria, pero, a la postre, resulta sólo eso, documento vivo y terrible de las prisiones, del inhumano tratamiento que ahí han merecido hombres no siempre culpables, de la irracional creencia de que el encierro y, con él, el castigo corporal o la humillación moral borran con algunos hombres al Hombre. El auténtico novelista de este aspecto de nuestra existencia, por tantos ignorado, no había surgido aún. Toda gran obra, en verdad, se apoya en un terreno de borradores ajenos, de tanteos y propósitos frustrados. En ese magma, al fin, brota la verdadera creación. Así ha brotado "El Sexto" de José María Arguedas, que desde hace unos días está en circulación con el sello de Mejía Baca. Una fuente primordial, la de la propia experiencia del autor en el tercer piso de la infame cárcel de la Avenida Alfonso Ugarte, alimenta esta narración. Otra, más íntima y profunda, y más trascendental por ende, nutre la novela de Arguedas: su fe en el Hombre como el más alto, el más absoluto valor del universo. Sin esto último, "El Sexto" sólo sería testimonio. Con ello es obra de arte.

Arguedas viene del indigenismo, pero de un indigenismo propio. Desde sus primeros cuentos se lo apreció procurando evadir el sentimentalismo fácil del mero regionalista. Y eso, ahondando, con esfuerzo, en el trasfondo humano del indio comunero, héroe por ser la víctima no liquidada de una injusticia colectiva, y dueño, en su bastión de humanidad cabal, de un mundo original, incontaminado, fuerte, de carácter eminentemente ético. Porque Arguedas reivindica la invicta condición moral de los vejados por una sociedad negativa, que aplasta la reserva vital del campesino quechua y la aprovecha, convertida en trabajo sin recompensa, como una energía y nada más. Como se aprovecha la torrentera para producir la chispa hidroeléctrica. Novela a novela (de "Yawar Fiesta" a "Warmá Kuyay", de ésta a "Los Ríos Profundos", de aquí a "El Sexto") ilumina el hondón heroico, lírico, creyente, del hombre peruano. Y en "El Sexto" —y esto es excepcional—, sacando a sus personajes del campo, mezclándolos con los tristes residuos inocentes de la urbe, los coloca en una "situación límite", en donde aquella reserva de vida triunfa en la derrota, se impone limpia como una luz que destella desde el corazón herido.

El escenario de la nueva novela de Arguedas es el mismo que ayer no más ha hecho la noticia. Hampones, vagabundos, dipsómanos, raterillos, criminales, y con ellos estudiantes o dirigentes, comparten el sucio techo de la prisión. La sociedad libre se reproduce, convertida en horrible infierno, entre los muros penitenciarios. Y la lucha por la justicia continúa. Imágenes de todos nosotros deambulan ahí, en los pasadizos húmedos, en los puentes tenebrosos, en las celdas abigarradas, en todo el ámbito carcelario. Su eminente carácter simbólico — toda gran literatura es simbólica, aún sin que se lo haya propuesto el escritor— desentraña a los ojos del lector la legítima índole de nuestra idiosincrasia actual, el falso sentido de nuestra organización, la crisis —ante todo moral, repito— que tumba a unos en la abyección y a otros, por la riqueza interior que poseen, los hace más puros y ejemplares.

Serán los de "El Sexto" personajes paradigmáticos: "Puñalada", el piurano, Cámac, el "Pianista", "Pacasmayo", todos ellos, de una u otra faz de la condición humana. Una condición humana, además, que si bien a veces, por débil, parece condenar al hombre al satanismo o la animalidad, siempre conserva esa gracia que posibilita la recuperación, no sólo social, sino también espiritual. En la nueva creación de Arguedas el hombre se salva. Inolvidable lección de fe este libro que enriquece, con apenas doscientas páginas, la literatura —vale decir, la cultura— de nuestra patria.